

dirigidos constantemente hácia un mismo deber, el empleo de todas las horas de su vida en el cumplimiento de ese deber, el sentimiento, el instinto de la maternidad innato en toda mujer, desarrollan en la religiosa, dedicada al cuidado de los niños, una perspicacia especial, resumiendo todo lo que sea provechoso conocer para la protección y alivio de esos seres privados del cariño mas puro y más santo de la Creación.

(Se continuará)

EL PESCADOR

Cae la tarde, los desmayados rayos solares tienden un telón rojo y en las cristalerías de las casas se reflejan semejando un incendio; algunas deshilvanadas nubes atraviesan el espacio y de vez en cuando polvareda anuncia el N. O.; cinco días hace que no salen a la mar los pescadores, apoyados en el murallón con la pipa en la boca, y sus ojos escudriñando el horizonte quieren descubrir el secreto que encierran las nubes que hacia Bilbao se divisan, pues sus cuerpos hechos á la ruda faena ya no descansan tranquilos, y el hambre asoma por las puertas; mañana á la mar, exclaman, pero el centinela, el vigía, ó sea el sabio Sr. Orcolaga les anuncia se aproxima temporal.

No se sale, exclaman; tranquila transcurre la noche, pero al amanecer, desatracandose de otras lanchas se lanzan hacia la boca dieciseis hombres que desoyen la voz del solitario de Igueldo; en sus nidos gimen sus pequeñuelos que les piden pan, no hay, y van á buscarlo; ¿lo encontrarán?

Descorre la noche su manto y amanece un día sombrío, gruesos nubarrones grises y pardos, espeso celaje por el horizonte, pero ellos avanzan por el mar en busca de pan, y las nubes avanzan trayendo en su seno la muerte; sùtil brisa que va aumentando y rizando la mar es el preludio; por fin el instinto de conservación se sobrepone y todos dirigen su mirada á la lejana tierra que se pierde entre la bruma, todos se miran y se santiguan, extienden su vela en tanto que el agua, sal-

tando como un corzo, embarca pequeños golpes; el viento arrecia, la lluvia cae á torrentes; es necesario arriar la vela y ¡á remar muchachos!

Todo es inútil, fuertes golpes ponen en peligro el casco que ya se resiente bajo el peso del agua embarcada; entonan una plegaria; hacen una promesa, todo inútil; vuestros pequeñuelos al amanecer tenían padre, á la noche lloran llamándoos, y no saben que son huérfanos!

La mar alborotada, las olas espumeando de coraje abren la frágil embarcación, en tanto que los hombres agarrándose á lo posible luchan durante horas, hasta que rendidos de nadar y extenuados de hambre y fatiga, alzándose y sumergiéndose en las hirvientes olas, se despiden, se confiesan ante su Dios y descienden al frío abismo para encontrarse bogando juntos en el esquife que los transporta á la eternidad.

Cierra la noche; no se oyen más que alaridos y oraciones, lágrimas y sollozos por los que están en la mar; los pequeños lloran, pero no piden pan, en tanto que la campana dobla las horas y la lancha no aparece; llega la mañana y los sagrados restos, símbolo de la lucha del hombre por la vida, se presentan ante la vista de aquéllas mujeres que toda la noche han pasado con sus pequeñuelos en la playa azotadas por el temporal, esperando divisar la luz salvadora de sus angustias, y no oyendo otra cosa que el rumor del oleaje batiendo en las peñas y el canto fúnebre del averno; aquéllos restos devorados con la vista y examinados con ansiedad en la playa, como queriendo arrancarles la escena de que fueron mudos testigos, son el golpe final para las mujeres que son viudas y los infelices que son huérfanos.

Caridad, sacrosanta palabra, penetra en el corazón de esas gentes que todavía estiman el precio del pescado, y hazles comprender la misión de los dichosos en esta vida, hazles comprender que á esos hombres que luchan para proporcionarles sus comodidades son deudoras de estas y que no solo se paga el precio sino que es necesario acudir á consolar á estas infortunadas gentes con el óbolo conveniente. Caridad, extiende tus alas para que no vuelvan a asolar las costas de Cantabria los gritos de angustia de los que se encuentran en el sublime, trágico y misterioso momento del pase de la vida á la muerte, de lo mortal á la eternidad. ¡Caridad!

JUAN LÓPEZ ALBISU.

